



| |
|-----------|
| EX LIBRIS |
| |
| |
| |





**TU NOMBRE
NO ES
TU NOMBRE**

MAREA
EDITORIAL



Federico Bianchini

TU NOMBRE NO ES TU NOMBRE

Crónica de una identidad robada

MAREA
EDITORIAL



Bianchini, Federico

Tu nombre no es tu nombre : crónica de una identidad robada /
Federico Bianchini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Marea, 2025.
184 p. ; 20 x 14 cm. - (Historia Urgente / Constanza Brunet ; 114)

ISBN 978-987-823-067-2

1. Derecho a la Identidad. 2. Hijos de Desaparecidos. 3. Dictadura
Militar. I. Título.
CDD 982

Dirección editorial: Constanza Brunet

Coordinación editorial: Víctor Sabanes

Asistencia editorial: Carmela Pavesi

Comunicación: Verónica Abdala

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Corrección: Marisa Corgatelli

Fotografías de tapa: Lucio Yoel Barrera Oro / Archivo Institucional Abuelas
de Plaza de Mayo

© 2025 Federico Bianchini

© 2025 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-067-2

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*


Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.



A mi padre, in memoriam.

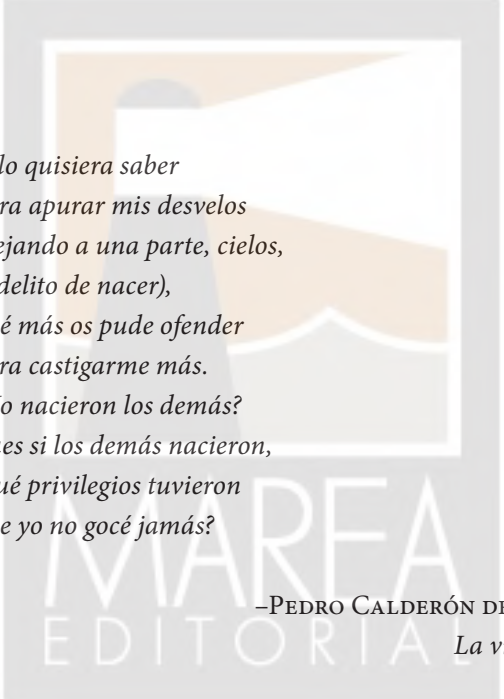
Y a mi madre.



*A la historia solo parecen preocuparle los hechos,
las emociones quedan siempre marginadas.*

–SVETLANA ALEKSIÉVICH,
El fin del “Homo sovieticus”

MAREA
EDITORIAL



*Solo quisiera saber
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer),
qué más os pude ofender
para castigarme más.
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?*

—PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA,
La vida es sueño

¿Es posible recrear el momento del robo, el momento de una impiedad esencial, del mal en estado puro, en el llanto de una madre que sabe –sabe– que jamás volverá a ver a su hijo y que no volverá a verlo porque será asesinada, y que su hijo no podrá verla nunca porque nunca sabrá que nació de esas entrañas, y no solo no lo sabrá, sino que será condenado, tal vez, a amar a los asesinos de su madre?

–MARÍA SEOANE y VICENTE MULEIRO,
El dictador

MAREA
EDITORIAL



PRIMERA PARTE

La verdad, un relámpago

MAREA
EDITORIAL



Su nombre no era su nombre

La tarde del 7 de febrero de 2000, en la cocina de su casa de Belgrano, Claudia Poblete Hlaczik se preguntó qué iba a cenar esa noche. La mayoría de las veces, la elección de la cena es solo un detalle. Se podría pensar, también, que la vida no es más que un encadenamiento de detalles o recuerdos que se suceden en lo cotidiano. En este caso, la pregunta por la cena o, en realidad, la respuesta, fue importante porque no supo qué contestarse.

Claudia Poblete Hlaczik estudiaba Ingeniería en Sistemas, tenía muy buenas notas y un coeficiente intelectual superior a la media. Sin embargo, nunca en sus veintiún años había prendido un horno. No sabía cómo encender un lavarropas, planchar una camisa ni cómo pagar una boleta de luz. No había viajado en colectivo o en subte, no andaba sola por la ciudad ni se quedaba a dormir en casa de sus amigas. La acompañaban a comprar, a pasear y a las clases de inglés.

Para Claudia, todo esto era tan natural como cubrirse cuando llueve o no entrar en la ducha con el agua demasiado caliente. A veces, protestaba por la intransigencia de sus padres, pero tampoco podía comparar, así que vivía como vivimos todos: creyendo que decidía.

La tarde del 7 de febrero de 2000, en la cocina de su casa, Claudia Poblete Hlaczik se sintió sola como no se había sentido en su vida.

Ese mediodía había caminado hasta un juzgado desde la oficina en la que realizaba una pasantía. A sus compañeros les había comentado que salía a comer y volvía en un rato. No le daba demasiada importancia al asunto. Unos meses antes, un juez la había citado, le había dicho que tenía dudas sobre su filiación y le había propuesto someterse a un examen. Claudia preguntó si podía negarse. El hombre le respondió que, en caso de que existiera un delito, ella sería la única evidencia. Claudia se sintió impactada por la frase, así que fue a un hospital público y dejó que le sacaran sangre. Luego, siguió con su vida sin conceder demasiada importancia al asunto. Sin embargo, ahora, caminaba inquieta. Sentía que estaba por enfrentarse a una especie de prueba. En su casa, le habían anticipado que todo lo que le dijeran en el juzgado sería mentira. Los perseguían porque eran militares.

Nunca, en sus veintiún años, ella había oído la palabra “dictadura”. Sabía, en cambio, de la existencia del “proceso militar” y de los “subversivos”, gente que ponía bombas y atentaba “contra el sistema”. Pero no mucho más.

Iría al juzgado, escucharía lo que quisieran decirle y volvería a trabajar. Luego, tal vez, más tarde, podría pensar en todo eso.

En el tribunal, la recibieron un juez, unos secretarios y un hombre gordo de pelo largo que dijo ser un psicólogo.

Arriba de la mesa, una carpeta con casi cien hojas. En la tapa de la carpeta, tres fotos en blanco y negro. Claudia Poblete

Hlaczik vio las fotos del hombre (la mirada seria, el pelo corto despeinado) y de la mujer (el flequillo hacia la izquierda), pero se detuvo en la de la bebé. Esa bebé con cara enojada y cachetes rechonchos. Se detuvo sintiendo una certeza que le recorrió el cuerpo con la fuerza de un relámpago. En ese momento supo, sin ningún tipo de dudas, que esa bebé era ella.

Luego de presentarse, el juez le dijo que sus padres –las personas a quienes ella llamaba sus padres– iban a quedar detenidos. Porque en realidad no eran sus padres, sino dos personas que la habían robado cuando era una bebé. Secuestradores, delincuentes, criminales. ¿Qué? Sus verdaderos padres, le dijo el juez, habían sido torturados por militares argentinos en el centro clandestino de detención Olimpo y después habían desaparecido.

Según el resultado de la prueba de ADN, había 99,99999 % de probabilidades de que ella fuera hija de José Poblete y Gertrudis Hlaczik. Sin embargo, en ese momento, atravesada por la verdad de esa foto, Claudia solo lloraba. Lo que sentía dentro era más fuerte que cualquier cosa que alguien pudiera decirle: un edificio que se derrumbaba desde los cimientos. El juez seguía hablando. Ella no entendía del todo las palabras de ese hombre, pero estaba segura de que eran verdad. Lloraba. De repente, sintió miedo por lo que iba a pasarles a Ceferino y a Mercedes. Y, a la vez, un alivio: como si una espina clavada en algún lugar profundo de su historia se hubiera removido.

El juez esperó. Con la prudencia y la incomodidad que genera el llanto ajeno, le dijo que ella no se llamaba Mercedes Beatriz Landa sino Claudia Victoria Poblete Hlaczik. Le dijo que no había nacido el 13 de junio de 1978, sino tres meses antes: el

25 de marzo de ese mismo año. Le dijo que su documento, número 26 769 382, sería retenido porque era un documento falso. Le dijo que los boletines de su escuela secundaria seguirían confiscados como pruebas que acreditaban el delito de falsificación de identidad. Le dijo que en ese mismo momento, un patrullero estaba yendo a buscar a sus apropiadores y le dijo que allí, en ese juzgado, estaba su verdadera familia y que quería conocerla.

–No –dijo Claudia terminante–. No quiero.

Y el juez, los ojos bien claros, le respondió:

–Hace mucho tiempo que te están esperando.

Entonces, con dudas, ella asintió. Y al salir se encontró a algunos familiares. Los saludó con una cautela muy parecida a la desconfianza. Fernando, su tío, le dijo que entendían que ese momento debía de ser muy difícil y que esperarían todo lo que necesitara.

–Yo no necesito nada –tajeó ella.

Fernando le dio cartas, fotos y unos casetes que en ese momento no eran más que eso, unos casetes, y que luego se transformarían en una parte importante de su historia.

Ella agarró todo y lo guardó en su cartera.

Salió del juzgado sin detenerse a mirar a las 150 personas que la esperaban afuera con carteles. Su abuela, sus tíos, primos, primas, amigos, gente del barrio donde vivían sus padres y compañeros de militancia, algunos discapacitados. Todos compartían una alegría intensa por haber encontrado a esa bebé que les habían quitado hacía tantos años.

Al llegar a su casa, descubrió la nota que Ceferino Landa y Mercedes Moreira le habían dejado: “No te preocupes por nosotros, estamos bien. Te queremos mucho”.

Su nombre no era su nombre. Su fecha de nacimiento estaba equivocada. ¿Los recuerdos que tenía de chica también serían falsos? Se sentó un momento en uno de los sillones y reprodujo uno de los casetes en el *walkman*. Escuchó la voz de una mujer, pero no podía detener sus pensamientos. No estaba enojada con Ceferino y Mercedes. Tenía miedo de que les pasara algo. Eran personas mayores. Los quería. Detuvo la grabación. Llamó al juzgado. Preguntó adónde los habían trasladado. Pidió un permiso urgente para ir a verlos y un certificado que dijera que no tenía documentos. Fue a buscar esos papeles y le dijeron que sus apropiadores iban a ser trasladados al Departamento Central de Policía y que a las once de la noche podría verlos. Volvió a su casa. Recién entonces, se preguntó por la cena. Resolvió que no comería nada. En una bolsa, guardó varios remedios y unas frutas. Y así, con el estómago vacío, salió hacia las calles de una ciudad que no parecía la misma.

Tomó un colectivo para Monserrat. Ella, que nunca había salido de Belgrano, se bajó con miedo en una esquina en la que conversaban dos prostitutas. Entró en un bar, pidió un café con leche y esperó que el tiempo pasara.

A las once de la noche, entró a ver a Ceferino y a Mercedes. Ellos le dijeron que se quedara tranquila. Ceferino le contó de un lugar de la casa donde podía encontrar plata en efectivo y le recordó que ella podía acceder a la cuenta bancaria de él. No mencionó las mentiras, la apropiación ni el futuro de Claudia. No hizo ninguna referencia a lo sucedido, como si se debiera a un error o a un malentendido que pronto se aclararía. Como si no hubiera nada por lo que pedir disculpas.

Claudia volvió a su casa en colectivo.

Dualidad

El escenario se ilumina. Claudia está de pie. Entre las manos tiene una cinta de papel.

Habla mirando hacia el público.

Esto que tengo en la mano es un simple papel.

Pero si uno las dos puntas, lo doblo así, le hago una torsión y se transforma en otra cosa: una cinta de Moebius.

Puede recorrerse sin levantar el dedo.

Si pudiéramos hacernos pequeñitos, podríamos caminar sobre el papel infinitamente sin llegar a ningún lado.

Parece que tiene dos caras, pero solo hay una.

Parece que tiene dos bordes, pero solo hay uno.

Durante mucho tiempo, como siete u ocho años, jugué dos papeles: uno dentro de esa casa y otro fuera.

Vivía en el medio, entre dos familias. La gente, mis amigos, no sabían cómo llamarme.

Tuve dos cumpleaños.

Yo era como dos personas, con valores, con visiones del mundo no diferentes; opuestas.

Pero en realidad era una sola persona.

Durante mucho tiempo conocí el mundo en dualidad.

Fue un proceso muy difícil.



Índice

PRIMERA PARTE

| | |
|--------------------------------------|----|
| La verdad, un relámpago..... | 11 |
| Su nombre no era su nombre..... | 13 |
| Las leyes de impunidad | 19 |
| Obligación de verdad..... | 25 |
| La noche en la que desaparecen | 29 |
| La búsqueda | 43 |
| Una infancia feliz..... | 55 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|------------------------------|-----|
| Canción de cuna..... | 69 |
| Acunada por la historia..... | 71 |
| La abuela paterna (I)..... | 73 |
| Una amiga de la madre..... | 83 |
| El abuelo materno | 89 |
| Un tío político..... | 95 |
| Una militante | 99 |
| Una tía paterna | 103 |
| Una ex novia del padre | 107 |
| La abuela paterna (II) | 111 |

TERCERA PARTE

| | |
|---|-----|
| ¿Qué delito cometí contra vosotros naciendo? | 113 |
| El Olimpo | 115 |
| Dos personas, una verdad | 137 |
| Lo que significó encontrar a Claudia..... | 155 |
| Sus hijos, la que decía ser su madre | 159 |
| La terapia del juez..... | 165 |
| La importancia del arrepentimiento..... | 169 |
| Pensar en esto | 175 |
| La dificultad | 177 |
| Dualidad | 179 |





Esta edición de
Tu nombre no es tu nombre
se terminó de imprimir en Latingráfica,
Rocamora 4161, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2025.

MAREA
EDITORIAL